

sin sábanas, medio vestidos. No obstante, aun antes del uso de las sábanas de lienzo era común el acostarse desnudos, como todavía sucede en Italia, y por esto manda la regla á los monjes dormir vestidos, sin quitarse ni aun su cinturón.

De la misma suerte, en orden al alimento, á las horas de comer y de sueño, á las abstinencias y ayuno, á la manera de alojarse, etc., los santos que dieron reglas á los monjes, no trataron de introducir entre ellos nuevos usos, ni que se distinguieran por una vida singular. Lo que hace en el día parecer la de los monjes muy extraordinaria, es la alteración que se ha hecho en las costumbres de los demás hombres. Así los cristianos deben notar con exactitud lo que se practica en los monasterios mas regulares para ver ejemplos vivientes de la moral cristiana.

HABITOS SAGRADOS. V. VESTIDURAS SAGRADAS.

Hagiógrafo. Nombre que se ha dado á una parte de los autores sagrados; se deriva de *ἅγιος*, santo, y de *γράφω*, escribir. Conviene, por consiguiente, á todos los escritores del antiguo y nuevo Testamento, pero los judíos no se le dan á todos.

Dividen las Santas Escrituras en tres partes, á saber: *la ley*, que comprende los cinco libros de Moisés; *los profetas*, que son Josué y los libros siguientes, comprendiendo en ellos á Isaías y los demás. Llaman *hagiógrafos* á los Salmos, los Proverbios, Job, Daniel, Esdras, las Crónicas ó Paralipómenos, el Cántico de los Cánticos, Ruth, las Lamentaciones de Jeremías, el Eclesiástico y el libro de Ester, pero no les atribuyen menos autoridad que á los anteriores. Distinguen los hagiógrafos de los profetas, porque, según su opinión, los primeros no recibieron como los otros la materia de sus libros por la vía que llaman de profecía, la cual consiste en sueños, visiones, palabras oídas, etc., sino simplemente por la inspiración y dirección del Espíritu Santo; distinción mal fundada. David, Salomón, Daniel tuvieron sueños, visiones, éxtasis, así como Samuel, Isaías, etc. Y no puede marcarse ninguna diferencia en el modo con que Dios les ha inspirado.

Se llama también *hagiógrafo* en general á todo autor que ha escrito las vidas y acciones de los santos; en este sentido, los holandeses son los mas sabios y voluminosos *hagiógrafos* que tenemos. V. BELANISTAS.

Un crítico demasiado atrevido ha vituperado muchas veces sin razon á todos estos escritores, porque tan solo podia dirigir sus cargos á dos ó tres á lo mas. Se acusa principalmente á los religiosos de haber forjado

santos imaginarios y que jamás existieron, haber creado sus vidas, falsificado ó interpolado sus acciones, á fin de hacerlas maravillosas, etc. Pero despues de que se ha reanimado esta materia con una crítica mas sabia é ilustrada, se ha visto que la mayor parte de las faltas cometidas en este género, han provenido unas bien de ignorancia ó inuidencia que de malicia; que han sido efecto de una credulidad excesiva, mas bien que un designio formal de engañar. Con poca razon se llaman á estos engaños fraudes piadosos; es preciso no confundir el error inocente con el fraude. V. LEYENDA.

Hagióclero. Los griegos que están bajo el dominio de los turcos, no pudiendo tener campanas, se sirven de un pedazo de hierro, á cuyo sonido acuden á reunirse en sus iglesias. Este hierro se llama *hagióclero*, palabra compuesta de *ἅγιος*, santo, y de *κλῆρα*, hierro. Magius, que vio este instrumento, dice que es una lámina de hierro, ancha de cuatro dedos y larga de diez y seis, atada á una cuerda por su parte media para colgarla á la puerta de la iglesia, y la tocan con un martillo.

Cuando se lleva el viático á los enfermos, el que va delante del sacerdote lleva un *hagióclero*, sobre el cual toca tres veces de cuando en cuando, como se toca entre nosotros una campanilla para advertir á los que pasan que adoren al Santísimo Sacramento; este uso de los griegos es un testimonio palpable de su creencia respecto á la Eucaristía.

Hambre. V. TIERRA DE PROMISIÓN.

Harpocracianos. Herejes de que hace mención el filósofo Gelsio, y que probablemente son los *carporacianos*. Véase esta palabra.

Heresioteos. V. ASSIDEOS.

Hatemistas. Moshelm, en su *Hist. ecles.*, siglo XVII, sec. 2.º, p. 2; c. 2.º, § 36, nos habla de los *bercharistas* y de los *hatemistas*, dos sectas fanáticas de la Holanda. La primera, dice, trae su nombre de Jacob Verschoor, natural de Flesinga, que el año 1680, reuniendo los perversos principios de Coeveyo y de Espinosa, formó una nueva religión, tan notable por su extravagancia como por su impiedad. Se llamó á sus sectarios *hebreos*, á causa del estudio asiduo que hacian todos sin distinción del texto hebreo de la Sagrada Escritura. Los *hatemistas* se llamaron así tambien de Ponciano Van-Hattem, ministro en la provincia de Zelanda, que era tambien adicto á las ideas de Espinosa, y que por esta razon fué degradado. Estas dos sectas

tas difieren en algunos puntos de doctrina; así Van-Hattem no pudo obtener de Verschoor que formasen una misma sociedad, aunque uno y otro hiciesen profesión siempre de ser adictos á la religión reformada.

Contumaces con la doctrina de esta religión relativa á los decretos absolutos de Dios, dedujeron de ella el sistema de una necesidad fatal é insuperable, cayendo de esta suerte en el ateísmo. Negaron la diferencia entre el bien y el mal y la corrupción de la naturaleza humana. Dedujeron de esto que los hombres no están obligados á violentarse para corregir sus malas inclinaciones, y obedecer á la ley de Dios; que la religión no consiste en obrar, sino en padecer; que toda la moral de Jesucristo se reduce á soportar con paciencia todo lo que nos suceda, sin perder jamás la tranquilidad de nuestra alma.

Los *hatemistas* decian tambien que Jesucristo no ha satisfecho á la Justicia divina, ni expiado los pecados de los hombres por sus padecimientos, sino que par su mediación solo ha querido darnos á entender que ninguna de nuestras acciones puede ofender á la divinidad. Así es como, decian ellos, Jesucristo justifica á sus servidores, y los presenta puros en el tribunal de Dios. Se ve que estas opiniones no tienden nada menos que á extinguir todo sentimiento virtuoso y á destruir toda obligación moral. Estos dos novadores enseñaban que Dios no castiga á los hombres por sus pecados, sino para sus pecados. Lo que parece significar que por una necesidad inevitable, y no por un decreto de Dios, el pecado debe hacer la desgracia del hombre, tanto en este mundo como en el otro. Pero nosotros no sabemos en qué hacian consistir esta desgracia.

Moshelm añade que estas dos sectas subsisten todavía; pero que no llevan el nombre de sus fundadores. Es extraño que la multitud de sectas locas é impías que los principios del protestantismo originaron no haya abierto los ojos á sus sectarios.

Haudricus. Religiosas de la orden de S. Agustín, bajo el título de la Asunción de la Virgen, fundadas en París por la mujer de Estéban Haudry, uno de los secretarios de S. Luis. Esta mujer, habiendo hecho voto de castidad durante la larga ausencia de su marido, el papa no se lo dispensó sino con la condicion de que la casa á que se habia retirado, la cederia para doce mujeres pobres, con fondos para su subsistencia. Este establecimiento fué confirmado despues por los soberanos pontífices y por los reyes. El gran

limosnero de Francia es el superior nato, y en calidad de tal fué como lo reformó el cardenal de la Rochefoucault. Ya no son viudas sino jóvenes que hacen los votos ordinarios de las religiosas. Han sido agregadas á la orden de S. Agustín, y trasladadas á la casa de la Asunción, calle de S. Honorato, en donde existen en el día. Estas religiosas van vestidas de negro, con grandes mangas y un ceñidor de lana; llevan un crucifijo en el lado izquierdo. No se conoce otra casa de esta orden. *Historia de las órdenes religiosas*, t. 3.º, p. 194; *Historia de la Iglesia galicana*, t. 12, l. 84, año 1272.

Haz. V. GAVILLA.

Hebraísmo. Expresion ó manera de hablar propia de la lengua hebraica; tambien se llama *idiotismo*.

Si se tratara de juzgar del carácter de esta lengua por la multitud de obras compuestas para explicar su construccion, hacer notar las expresiones propias y particulares, manifestar las diferencias que se encuentran entre el hebreo y las demás lenguas, podria creerse facilmente que los hebreos no se asemejaban á los demás hombres, que eran tan diferentes de los demás por su lenguaje como por sus costumbres y religion. Esta preocupacion no es la mas á propósito para inspirar afición á aprender el hebreo. Todavía es menos á propósito para probar que el texto de la Sagrada Escritura es muy claro, que el solo debe fijar nuestra creencia, y que las disputas teológicas deben decidirse por discusiones gramaticales. Por el contrario, nosotros sostenemos que es el medio mas seguro de hacerlas interminables, y el mas á propósito para suministrar armas á los incrédulos mas visionarios.

En la obra titulada, *Los elementos primitivos de las lenguas*, impresa en 1769, nos hemos esforzado en probar que las tres cuartas partes por lo menos de los pretendidos *hebraísmos* han provenido: 1.º de la comparacion que se ha hecho del hebreo con el latin, lengua con la cual no tiene ninguna analogía; 2.º de que no se ha comprendido el verdadero sentido de muchos términos, dando falsas etimologías de ellos; 3.º de que se ha tomado como regla la puntuacion de los masoretas ó rabinos, es decir, una pronunciacion y ortografía muy arbitrarias; 4.º de que en lugar de buscar las raices monosílabas de los términos, se las ha referido á palabras compuestas que jamás fueron raices. Creemos haberlo probado suficientemente, siendo por otra parte muy largo entrar ahora en este detalle.

El medio mas sencillo es manifestar que la mayor parte de los giros de las frases y de las expresiones que se creian propias del hebreo, se encuentran en frances; que son tan *galicismos* como *hebraismos*, principalmente si se comparan con el frances antiguo y el estilo popular. Estamos persuadidos de que cualquier pueblo de la Europa que quiera tomarse el trabajo de comparar el hebreo con su propia lengua, encontrará la misma semejanza. En la actualidad un sabio que ha hecho un estudio particular de las lenguas, trata de probar que existe una conformidad admirable entre el hebreo y el antiguo celta ó babilonio.

Walton, en sus *Prolegómenos de la Poliglot de Inglaterra*, p. 45, cuenta hasta sesenta el número de idiotismos de la Sagrada Escritura, porque, segun el uso, compara el lenguaje de los escritores sagrados con el griego y latin, dos lenguas ricas, muy cultivadas, en cuya construcción tiene mucha parte el arte. Veamos si comparando con el frances esos pretendidos *hebraismos*, desaparecen por los menos las tres cuartas partes.

4º Muchos libros de la Sagrada Escritura empiezan por y ó cualquier otra conjunción, que supone haber precedido alguna cosa. Esto proviene de que en su origen la Sagrada Escritura no se dividia en libros ni en capítulos; el autor que comenzaba á escribir unia su narración con la que habia precedido. Esto no es un *hebraismo*. La mayor parte de nuestros romances antiguos empezaban por la conjunción *or*, que quiere decir *pues, ahora bien*.

2º Los autores de las versiones ponen muchas veces un caso por otro. Es porque en hebreo, asi como en frances, no hay casos, ni declinaciones de nombres; las relaciones de los nombres ó de los nombres con los verbos se marcan, como entre nosotros, por articulos, preposiciones ó conjunciones, y entre las preposiciones ó uniones hebraicas no hay ninguno que designe un caso mas bien que otro.

3º De la misma suerte, en los verbos, un tiempo se pone por otro. Esto no debe admirarnos cuando se sabe que en hebreo no hay verbos, ni conjugaciones semejantes á las de los griegos y latinos, sino solo nombres verbales y participios indeterminados; sucediendo lo mismo en la mayor parte de las lenguas de Occidente, en las que los verbos no se conjugan sino con los auxiliares. De la misma suerte que en frances el verbo pasivo, en todos sus tiempos, no es mas que el participio unido al verbo sustantivo siempre expreso,

asi en hebreo el verbo activo es el participio unido al verbo sustantivo sobrentendido. De aquí proviene que el mismo nombre verbal significa ya el presente, ya el pasado, ya el futuro, como lo han observado dos sabios *hebraisantes*, Lowth y Michaelis, *De Sac. poeti Hebræor., prælect. 15, n. 182.*

4º Los hebreos ponen el positivo en lugar del comparativo; es bueno, en lugar de decir, es mejor poner su confianza en Dios que en el hombre. Pero si el que hebreo significa *mas bien que*, desaparece la irregularidad: es bueno confiar en Dios mas bien que en el hombre.

5º La preferencia se expresa muchas veces por una negación: yo quiero la misericordia y no el sacrificio, significa yo quiero la misericordia mas bien que el sacrificio. De la misma suerte que si un hombre nos dijera: Yo estimo el oro y no la plata, entenderíamos muy bien que queria decir, yo estimo mas el oro que la plata. Este es el sentido de la frase, yo he amado á Jacob, y he aborrecido á Esau; y podríamos decir sin equivocarnos, yo estimo el oro, y aborresco la plata, porque es menos comoda.

6º Todo expresa muchas veces el superlativo. El hombre es todo vanidad, ps. 28. Esto es todo el hombre. *Eclés.*, xii, 13, es decir, el hombre perfecto. Nosotros decimos tambien: Esto es de toda belleza, todo amable, todo nuevo, etc.

7º Muchas veces un término débil tiene un sentido muy fuerte. *I Reg.*, xi, 21: No corrais tras las cosas vanas, que de nada os servirán, es decir, que os serán perjudiciales. *I Machab.*, ii, 21: No nos está bien abandonar nuestra ley, etc. Se dice tambien en frances: Esto no está bien, en lugar de decir, esto es muy malo; yo no os puedo agradar, es decir, yo os desagrado. En estas frases la expresion diminutiva tiene la fuerza de una negación; en otras la negación absoluta no tiene mas que una significación diminutiva. Así, cuando se dice á un jóven: No trabajais, ó ya no trabajais, tan solo se entiende que no trabaja tanto como podria ó deberia hacerlo, ó que no trabaja tanto como otras veces. Estas maneras de hablar no son absolutamente verdaderas, sino solo por comparación, y lo mismo sucede en todos los pueblos.

8º En solo el versículo 31 del salmo 67, la palabra *como* se suprime tres veces: resistid á los que están como bestias feroces en medio de los juncos, y como toros en una manada que alejan á los que están puros como la plata. Nosotros hacemos lo mismo, cuando decimos: Este hombre es un tigre, un leon, una bestia

feroz. Por esto entendemos que se asemeja á dichos animales.

9º *Llevar la iniquidad* ó el crimen significa á veces obtener el perdón; con mas frecuencia significa sufrir la pena, ser castigado; *llevar*, en nuestra lengua, tiene tambien la significación activa y pasiva y gran número de sentidos diferentes. Es preciso no considerar los verbos, las preposiciones y conjunciones equivocadas como *hebraismos*, porque es un inconveniente comun á todas las lenguas.

10. Lo mismo sucede con las metáforas, alusiones de los objetos conocidos, trasposiciones de palabras, elipses ó palabras sobrentendidas, construcciones que parecen irregulares, etc.; ninguna lengua está exenta de estas imperfecciones, y muchas veces se consideran como bellezas.

11. No solo en el hebreo existen términos que no siempre deben tomarse en todo su rigor: en nuestros discursos ordinarios, así como en el estilo de los escritores sagrados, las palabras *jamás, siempre, eternamente, por la eternidad*, etc. no significan muchas veces mas que una duración indeterminada; no obstante, no se deduce de esto que no se deba tomarlo á veces á la letra, y en el sentido mas rigoroso.

12. Cuando los incrédulos echan en cara á los hebreos el haber atribuido á Dios manos, piés, ojos, un entendimiento, acciones y pasiones humanas, no se acuerdan de que este inconveniente es inevitable en todas las lenguas, porque ninguna puede tener términos propios y consagrados únicamente á expresar los atributos y operaciones de Dios; nosotros no podemos concebirlas sino por la analogía de las cualidades y acciones de los seres inteligentes. V. ANTHROPOLOGÍA, ANTHROPOPATÍA. Tampoco podemos expresar las operaciones del entendimiento sino por metáforas deducidas de los cuerpos; *ver, oír, tocar con el dedo, sentir*, etc., significan muchas veces concebir y comprender.

13. Los nombres propios hebreos son significativos, y en las versiones son á veces expresados por lo mismo que significan. Así, en el profeta Oséas, c. 1, v. 8, se dice que su esposa *destetará á la que estaba sin misericordia*, es decir, al hijo cuyo nombre significaba *sin misericordia*. Es una falta de exactitud en la traducción, pero no es un idiotismo. Entre nosotros, los nombres propios tienen tambien una significación, y si hubiésemos conservado el conocimiento del celta ó del antiguo frances, veríamos que estos nombres no son ni raros, ni vacios de sentido, que en su origen designaban alguna cualidad personal de aquellos á quienes se daban.

14. Los nombres de los patriarcas se ponen tambien para designar su posteridad: *Jacob* ó *Israel* significan los israelitas; *Esau* ó *Edon*, los idumeos; *Efraim* la tribu de este nombre, etc. Nosotros hacemos poco mas ó menos lo mismo, diciendo los *Borbones*, los *Guisas*, los *Montmorency*; la *Francia* por los franceses; la *Inglaterra* por los ingleses. Otomano, que designa los turcos, era en su origen el nombre de un hombre.

15. En lugar de decir las *leyes de Dios*, los escritores sagrados dicen las *justicias*, las *justificaciones*, los *mandamientos*, los *testimonios*, las *palabras*, los *caminos de Dios*. Entre nosotros, *ley, edicto, declaracion, carta, ordenanza del rey* son con corta diferencia sinónimos: se dice *hacer derecho, hacer justicia, por dar una sentencia*.

16. *Padre*, en hebreo, significa, no solo la paternidad propiamente dicha, sino abuelo, anciano, maestro, autor, doctor, poseedor. Así decimos nosotros en frances *nuestros abuelos* ó *nuestros padres*, los *doctores* ó *Padres de la Iglesia*; el pueblo llama á un hombre rico el *padre de los escudos*, y á un proceso que producirá otros un *padre que tendrá hijos*. Lo mismo sucede con el nombre de *madre*. Por otra parte *hijo* ó *hija*, en hebreo, no expresa solo los hijos y la posteridad, sino lo que sale, lo que viene de un lugar ó de una cosa, lo que depende ó forma parte de ella. Así los *hijos del Norte* ó *del Mediodía* son los pueblos de estos países: *las hijas del carcaj* son las flechas; *las hijas del cántico* son los oídos acariciados por la música; *la hija de Sion* ó *de Jerusalem* es la ciudad de este nombre. En el mismo sentido llamamos *hijas de Francia* á la familia de nuestros reyes; *hijo de Paris* á un hombre nacido en Paris; *hijo del ejército* al hijo de un soldado; *hijo de la balala* al que ejerce la profesion de su padre.

17. En frances, lo mismo que en hebreo, *cabeza* se pone por hombre, *mujer* por afeminado, *niño* por entendimiento débil y limitado; las *águilas*, los *leones*, los *tigres* son los pueblos feroces y ávidos por el botín; *vaca, cuerda* expresan una posesion, una herencia, como entre nosotros *percha, vara, tosa* designan una porcion de tierra de tal medida.

18. *Dabar* ó *deber* en hebreo, *δύναμις*, en griego, *res* en latin, que viene del griego *εἶναι, hablar*; *chose* en frances, que es el latin *causa*, y el griego *καὶνὰ, charlar, hablar*, son el término mas genérico, porque todos los negocios se hacen y terminan por medio de las palabras: es igual la alusion en las cuatro lenguas.

19. Cuando se dice que Jesucristo es nues-

tra justicia, nuestra santificación, nuestra paz, nuestra salvación, entendemos que es el autor de ella; nosotros acostumbamos también á decir la *comisión* por los que la componen, el *consejo* por los consejeros, la *audiencia* por los magistrados, el *gobierno* por los que gobiernan, la *pretendida reforma* por los que quieren hacerla. Si estos últimos hubieran sido mejores gramáticos, no habrían fundado en este equivoco el dogma de la justicia imputativa.

20. Los verbos hebreos no tienen, como los nuestros, mas que la segunda persona del imperativo; se ven pues obligados á servirse del futuro; así, para traducir el latin *ritus patrios colunto*, diremos *los ritos nacionales serán observados*. De esto se deduce que el imperativo ó optativo hebreo no expresa muchas veces mas que el futuro. Cuando los incrédulos leen en el profeta Oseas, xv. 4 : «Perceza Samaria, porque ha irritado la cólera del Señor, que sus habitantes perezcan por medio de la espada, que sus hijos pequeños sean magullados, que sus mujeres embarazadas sean abiertas por el vientre, y toman por una imprecación lo que no es mas que una predicción, y esta tuvo lugar poco tiempo despues. *IV Reg.*, xv. 16. Pues que el profeta invita á los samaritanos á convertirse al Señor, no deseaba su destrucción. Lo mismo sucede con las maldiciones que se encuentran en los salmos y en otras partes; están en las versiones y no en el texto. Cuando un padre irritado dice á su hijo : *Anda, desgraciado, anda á hacerte aborrecer*, no lo desea ciertamente, sino lo predice. *Véase* IMPRECACION.

21. No debe sorprendernos el ver expresos en términos de mandato lo que solo es un simple permiso : este estilo es de todas las lenguas y el mismo término de *permiso* es equivoco. *Véase* esta palabra.

22. Los gramáticos nos dicen que en hebreo es una elegancia el poner un adverbio en lugar de un adjetivo, el decir *sanguis immerito* por *sanguis innocuus*; pero si lo que toman por un adverbio es verdaderamente un adjetivo, ¿para qué sirve esta observación? Dicen que un adverbio se expresa á veces por un verbo; que en lugar de decir, *él tomó en seguida otra mujer*, los hebreos dicen, *añadió el tomar una mujer, ó añadió y tomó otra mujer*; pero si la palabra que se toma por un verbo y que se traduce por *añadió* es un adverbio ó un gerundio, si significa de nuevo, además, por aumento, etc., este pretendido *hebraismo* se encuentra tambien nulo.

23. En la Sagrada Escritura, *hacer una cosa* significa con mucha frecuencia mandar que

se haga, dejarla hacer, predecir que se hará, representarla como hecha. También acostumbamos á decir que un señor construyó una casa, que un magistrado hace el mal que no impide, que un orador hace hablar á un personaje, que un astrólogo hace llover en el mes de diciembre. Se dice en el Levítico que el sacerdote, despues de haber examinado á un leproso, *le manchard*, es decir, que lo declarará manchado. Ezequiel, c. 43. habla de los falsos profetas, y dice que afectaban *visificar las almas* que no viven, es decir persuadir las falsamente que son vivientes. De la misma suerte en nuestra lengua *ennegrecer un hombre*, es hacerle aparecer como culpable; *justificarle ó inoventarle*, es declararle justo é inocente.

24. En los artículos CAUSA Y CAUSA FINAL, GRACIA, § 3. ENDEBECIMIENTO, etc., hemos hecho ver que muchas veces la Sagrada Escritura expresa como causa eficiente de un acontecimiento lo que no es mas que su ocasión, y como causa final ó intencion lo que sucede contra la intencion aun del que obra; pero tambien hemos manifestado al mismo tiempo que este giro de frase no es particular de la lengua hebrea, y que tiene lugar el mismo equivoco en nuestras maneras de hablar mas comunes.

25. Por último, el manantial mas fecundo de los *hebraísmos* es el sentido demasiado limitado que se ha dado á la mayor parte de las particulas hebraicas; se las ha comparado á nuestras preposiciones y conjunciones, cuyo sentido es mucho mas reducido, y no se ha conocido toda su energía. Cuando han llegado á convencerse de que las particulas en hebreo no son mas que uniones ó monosílabos que indican una relacion sin caracterizarla ni modificarla, ya no se admiraron de encontrarlas diez ó doce sentidos diferentes. Nosotros tenemos en frances preposiciones que no tienen menos.

No hablaremos de los pretendidos *hebraísmos* que vienen unicamente de una puntuación ficticia; lo mejor es no hacer el menor caso de ella. V. la *Gramática hebérica de N. Lavocat*.

Sería inútil llevar mas adelante este detalle, se haría demasiado minucioso. No tratamos de sostener que no haya absolutamente idiotismos en hebreo, porque los hay en todas las lenguas; pero son en corto número. Algunos parecen forjados á propósito para sostener opiniones particulares ó errores. Se dice, por ejemplo, que los hebreos expresan muchas veces una accion, para significar solo la voluntad de hacerla; en este sentido, Jesucristo

es el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo; ha elevado nuestras iniquidades. ha pacificado el cielo y la tierra, ilumina á todo hombre que viene á este mundo, etc., porque ha tenido la voluntad de hacerlo, aunque no siempre correspondía el efecto. Interpretacion falsa, injuriosa á Dios y á Jesucristo, digna de Calvino y de sus sectarios. Con semejantes subterfugios, ningun pasaje de la Sagrada Escritura sería capaz de probar nada. Los socinianos principalmente han supuesto *hebraísmos* en las maneras de hablar mas sencillas, á fin de pervertir, segun su voluntad, el sentido de todos los pasajes que se les oponen.

Con ninguna razon han argumentado los incrédulos sobre la multitud de *hebraísmos*, para persuadir que el hebreo es una lengua ininteligible, á la cual se la hace decir lo que se quiere, una manzana de discordia, un lazo continuo de error, etc., porque el mayor número de estos pretendidos *hebraísmos* son imaginarios. Es como si se dijera que el frances es un lenguaje indescifrable para los extranjeros, á causa de la multitud de galicismos y maneras de hablar que no se encuentran en su lenguaje maternal. No tememos adelantar que si se contaran los idiotismos de nuestra lengua, se encontrarían por lo menos en tanto número como en el estilo de los libros santos.

Para entender el hebreo tenemos reglas seguras y auxilios abundantes. 1.º Cuando el sentido literal no encierra ni absurdo ni error, debemos atenernos á él, y no suponer gratuitamente su sentido figurado ó metafórico : esta es la regla prescrita por S. Agustín. 2.º Cuando el sentido de una palabra parezca dudoso, es preciso comparar los diversos pasajes en que se ha empleado, examinar lo que precede y lo que sigue, ver lo que significa en las lenguas analogas al hebreo, tales como el caldeo, el siríaco y el árabe; este trabajo se encuentra hecho en las concordancias hebraicas. 3.º Considerando cuál ha sido el desigrio del escritor sagrado, el objeto que trata, las personas á quienes habla, las circunstancias en que se encontraba, hay pocos pasajes de los cuales no se descubra el verdadero sentido. 4.º Cuando las antiguas versiones están de acuerdo para dar el mismo sentido, es una temeridad el juzgar que todos los traductores se han engañado. 5.º En materia de fe y de costumbres, el guía mas seguro es la tradición de la Iglesia, el sentir de los PP. y de los intérpretes : debemos mas bien fiarnos de ellos que de las sutilezas de critica y de gramática. Esta regla prescrita por el sexto

concilio general, y renovada por el de Trento, es dictada por el buen sentido. Podrá uno persuadirse que despues de mil y ochocientos años la Iglesia no ha entendido los libros que Jesucristo y los apóstoles la han dejado para dirigir su creencia? 6.º En las materias indiferentes y de pura curiosidad, es permitido á cada uno el proponer nuevas explicaciones, con tal que lo haga con la reserva y modestia convenientes.

Hebraizante. Hombre que hace un estudio particular de la lengua hebrea, que es hábil en ella ó que ha compuesto alguna obra sobre este objeto. En el artículo HEBREO (lengua hebrea), § 4. manifestaremos el error de los protestantes, que acusan á los doctores de la Iglesia de no haberse aplicado á aclarar el texto hebreo de la Sagrada Escritura, y quieren reservar este honor á los fundadores de la reforma. Para acabar de destruir esta pretension, haremos una corta enumeracion de los que han cultivado este estudio en los diferentes siglos.

En el segundo é inmediatamente despues del nacimiento del cristianismo, además de la version griega de Aquila, judío de religion, y las de Teodocion y de Simmaco, ebionitas, aparecieron otras dos que fueron llamadas la quinta y la sexta, y que Origenes habia colocado en sus *Octaplas* : no se dice que estas dos versiones hayan sido hechas por herejes ni por judíos. Se dice que la version siríaca es por lo menos tan antigua, y que la version árabe no lo es menos; una y otra fueron hechas por el texto hebreo; el estudio de esta lengua era, pues, cultivado. En el tercero, no solo Origenes, sino el mártir Pánfilo, Eusebio, Luciano, Hesiquio; en el cuarto, S. Jerónimo, S. Efrén y S. Epifanio supieron el hebreo. En el quinto, S. Eucherio; en el sexto, Procopio de Gaza y Cerodoro; en el sétimo y octavo, Beda y Alcuino se aplicaron á él. Fabricy, *De los tulos primitivos*, etc., t. 2. p. 125. A estos pueden añadirse muchos sabios sirios, tanto nestorianos como jacobitas, cuyas obras cita Assemani en su *Biblioteca oriental*.

Se pueden citar en el noveno á Rabano Mauro, Agobardo y Amolon de Lyon, Druthmar y Angelomio, monjes benedictinos, Pascasio Radberto, y Hartmout, abad de S. Galo. En el décimo, á Remigio de Auxerre, el autor anónimo de las dos cartas á Vicfrido, obispo de Verdun; en el once, á Samuel de Marrauco, judío convertido; la escuela de Limoges bajo el obispo Alduino; á Sigon, abad de San Florent; á Sigiberto de Gemblours; á Thiofrido, abad de Epternach; á los monjes del

Cister; á Odon, obispo de Cambrai. En el duodécimo, á Pedro Alfonso, judío español, y Herman, judío de Colonia, ambos á dos convertidos; á los dominicos bajo san Luis; á Abelardo; á los autores de la obra *Correctoria bíblica*; á Hugo de Amiens, arzobispo de Ruan, y á un anonimo que escribió contra los judíos.

En el décimo tercio, á Rogerio Bacon, á Roberto Capito, á Baimundo de los Martinis, y al Padre Pablo, dominico; á un padre Nicolás, judío convertido; á Porchet, cartujo; á Arnaldo de Villanueva. En el décimo cuarto, el concilio general de Viena mandó que en Roma, en Paris, en Oxford, en Bolonia y Salamanca hubiese profesores para enseñar el hebreo, el árabe y el caldeo, y se encontraron. Nicolás de Lyra, nacido de padres judíos, entendía muy bien el hebreo. En el décimo quinto, Jerónimo de Santa Fe, convertido, lo mismo que Pablo de Burgos, Wesselus de Groninga, Juan Pico de la Mirandola, Juliano de Trotreseau de Angers, el cardenal Giménez, Rouchin, Alfonso Espina, judío español convertido, Juan, Trilomio y un joven español, cuya erudición en las lenguas orientales se ensalza mucho.

A principios del diez y seis y antes del nacimiento de la pretendida reforma, Juan de Janly, borgoñon, Francisco Tissard, de Paris, los sabios que trabajaron en la poliglota de Alcalá; Agustín Justiniani, dominico, obispo de Nebio; Maturino de Pedran, obispo de Dol; Agustín Grimaldi, obispo de ello; Conrado Pelicano y Sebastian Munster, dos discípulos de Lutero, lo habían aprendido cuando eran franciscanos.

Pablo de Canosa y Agathio Guida Cerio fueron los primeros que lo profesaron en el colegio real de Paris, y no eran literatos. Los demás *hebraizantes* que perseveraron en el catolicismo, no fueron dueños de su condición hebraica á los novadores. Tales fueron Pedro Picheret, que asistió al coloquio de Poissy; Fofingio, religioso benedictino; Valabio, Cleardo, Isidoro Claruis, otro benedictino; Titelman, capuchino, etc. *Respuesta crítica á las objeciones de los incrédulos*, t. 2, p. 262.

¿Con qué cara se atreven los protestantes á alabarse de haber restablecido en la Iglesia cristiana el estudio de las lenguas orientales, de haber consultado los primeros la crítica y gramática hebrea, y empleado el texto del antiguo Testamento? Los pretendidos reformadores, hijos ingratos de la Iglesia católica, educados en su seno y alimentados con su

leche, no se han avergonzado de insultar á su madre, y emplear contra ella las armas que puso en sus manos. No nos costaría mucho trabajo probar, si fuese necesario, que no son los protestantes los que nos han proporcionado los mejores auxilios para aprender el hebreo, las gramáticas, las concordancias, los diccionarios mas estimados; existían ya biblias políglotas, antes de que ellos apareciesen en el mundo. Fleury, *ibid.*

Hebreo, lengua hebrea. Es la lengua que hablaba Abraham, que comunicó á sus descendientes, y en la que fueron escritos los libros del antiguo Testamento.

Por lo que respecta al origen, antigüedad, genio, carácter, composición y mecanismo de esta lengua, es un objeto de pura literatura; pero un teólogo debe tener algun conocimiento de esto mismo. En nuestra época ha sido tratada científicamente esta materia, y la comparacion de las lenguas ha sido llevada al mas alto grado, principalmente por M. Court de Gébelin. Nos aprovecháremos de sus principios; ya los hemos segurado en la obra titulada: *Los Elementos primitivos de las lenguas*, impresa en 1769.

I. Con respecto al origen y antigüedad de la lengua hebrea, se sabe que Abraham salió de la Caldea por mandato de Dios, para ir á habitar la Palestina, y por esta razon fué llamado *hebreo*, viajero ó extranjero por los cananeos. Parece que en esta época su lenguaje no se diferenciaba del de estos pueblos, porque hablaban y se entendian sin intérprete. Pero, cerca de doscientos años después, cuando Jacob, nieto de Abraham, y Lahan, se separaron, la Escritura nos hace notar que ya habia alguna diferencia en su lenguaje. *Gen.*, xxxi, 47. Tambien Abraham, obligado á ir á Egipto, no parece que tuvo necesidad de intérpretes para hablar á los egipcios; pero habiendo pasado dos siglos, José, antes de darse á conocer á sus hermanos, les habla por medio de intérprete, y en el texto *hebreo* del *salmo* lxxx, 6, se dice, que Israel ó Jacob, al entrar en Egipto, oyó hablar un lenguaje que no entendía.

Remontándonos á la mas alta antigüedad, se dice que no hay la menor duda en que la lengua de los caldeos fué la de Noé; y puesto que Noé vivió mucho tiempo con hombres que habian hablado con Adán, parece es cierto que hasta el diluvio la lengua que Dios habia enseñado á nuestro primer padre no padeció una alteracion muy considerable; por otra parte, un pueblo conserva naturalmente el mismo lenguaje, mientras permanece sobre el mismo suelo, y una vez que la

posteridad de Sem continuó habitando la Mesopotamia, después de la confusión de las lenguas y dispersion de las familias, es de presumir que la lengua primitiva se conservase en ella pura y sin alteracion. Pero era absolutamente la misma que en la boca de Adán? Esta es otra cuestion.

Comparando las lenguas de los diferentes pueblos del mundo, se nota que casi todos los términos monosílabos conservan una significacion semejante, ó por lo menos análoga; que en particular la lengua china se compone solo de trescientos veinte y seis monosílabos combinados y variados diferentemente y sobre varios tonos. De lo que se ha deducido: 1.º Que la lengua primitiva que Dios habia dado á Adán no se componia mas que de monosílabos, porque esta manera de expresarse se encuentra en todas las demás. Pero es imposible que en el espacio de mas de dos mil años que pasaron desde la creacion hasta la confusión de las lenguas, los hombres no hubiesen aprendido á combinar los tonos monosílabos para componer palabras, y no hayan variado la pronunciaci6n para designar los nuevos objetos, cuyo conocimiento fueron adquiriendo; así, con respecto á esto, la lengua de Noé y de sus hijos no era probablemente la misma que la de Adán; debía ser menos sencilla y mas abundante. 2.º Se ha deducido que la alteracion que produjo en las lenguas la confusión que tuvo lugar en Babel, no fué mas que una pronunciaci6n y combinacion diferentes de los mismos elementos monosílabos, porque, á pesar de esta confusión, se reconocen actualmente en las diversas lenguas. Esta simple alteracion bastaba para que los obreros de Babel no pudiesen ya entenderse, porque aun en el día los pueblos de nuestras provincias no se entienden entre sí, aunque sus diversos dialectos sean en el fondo la misma lengua.

Pero supongamos que la pronunciaci6n y combinacion de los elementos primitivos del lenguaje no hayan cambiado en Babel entre los descendientes de Sem, que continuaron viviendo en la Mesopotamia y que fueron los antepasados de Abraham; antes de afirmar que la lengua de Abraham era la de Noé, es preciso suponer que durante los trescientos años que pasaron desde la confusión de las lenguas hasta la vocacion de Abraham, no sabiendo en el caldeo ningun cambio de combinacion y de pronunciaci6n: suposicion muy gratuita, por no decir imposible y contraria al proceder natural de todos los pueblos; suposicion que se encuentra en contradiccion

con la alteracion que tuvo lugar desde Abraham hasta Jacob, segun el testimonio de la Historia Sagrada.

Nada importa, admitámosla. Puesto que segun esta misma Historia, Abraham, trasplantado entre los cananeos y entre los egipcios, se entendió todavia con ellos, se deduce que la lengua primitiva no se habia alterado entre los descendientes de Cam ni de Sem; que de esta parte el egipcio y el cananeo eran entonses tanto la lengua primitiva como el caldeo ó *hebreo* de Abraham. Una vez que Noé fué realmente tanto el padre de los egipcios, de los cananeos y sirios, como el de los hebreos, se deduce tambien que la lengua de Noé fué tan real y directamente la madre del lenguaje del Egipto, de la Palestina, de la Siria, etc., como la del *hebreo*, no teniendo la lengua de Abraham ningun titulo de nobleza mas que sus hermanas.

Si se quisiera ocurrir por analogia, la presuncion no estaria en favor del *hebreo*. En efecto, un pueblo que habita constantemente el mismo suelo, conserva con mas facilidad la pureza de su lenguaje que el que es trasplantado á diferentes paises. Ahora bien, los caldeos permanecieron siempre en la Mesopotamia, mientras que Abraham y sus descendientes viajaron por la Palestina, el Egipto y los desiertos de la Arabia, y volvieron á habitar con los fenicios. ¿Como podrá probarse que no tomaron nada del lenguaje de estos diferentes pueblos; al paso que se los ve tan inclinados á imitar sus costumbres?

Pero nosotros no nos atenemos á simples conjeturas; racionamos segun los principios de la Sagrada Escritura. Moisés, aunque nacido en Egipto y de edad de ochenta años, habla con Jethro, jefe de una tribu de madianitas. Josué, cuarenta años despues, envia espías á la Palestina y son entendidos por Rahab, mujer del pueblo de Jericó; lo mismo sucede con los gabaonitas; bajo los reyes, los hebreos conversan tambien con los filisteos y con los tirios ó fenicios; de lo que debemos deducir, ó que las lenguas de estos pueblos fueron siempre las mismas, ó que el *hebreo* sufrió las mismas variaciones. La única ventaja que podemos conceder á esta última lengua, es que fué escrita antes que las demás, y que en orden á esto estamos seguros de su conservacion hace mas de trescientos años, circunstancia que no podemos afirmar de ninguna otra lengua.

En cuanto á la cuestion de saber si el *hebreo* es la lengua primitiva, la lengua en que se dignó Dios hablar con Adán, Noé y Abraham, no vemos las razones en que puedan

fundarse. Lo volvemos á repetir, todas las lenguas consideradas en sus raíces ó elementos son la lengua primitiva, porque estos elementos se encuentran aun en las jergas mas groseras, con combinaciones, adiciones y pronunciaciones diferentes; y á menos que Dios no hiciere un milagro continuo por espacio de dos mil y quinientos años, es imposible que estos elementos no recibieran en la boca de los descendientes de Sem las mismas variaciones que en la de los demás descendientes de Noé. La sola cosa segura es que el *hebreo* es la lengua en que Dios se dignó hablar á Moisés, á Josué, á Samuel, á los profetas, y que se ha conservado en nuestros libros santos, tal como la hablaba Moisés. Es lo suficiente para que sean dignos de respeto.

II. La segunda cuestion es la de saber cuál es el genio de la lengua hebrea ó el carácter particular que la distingue de las demás: ¿es un lenguaje pulimentado ó grosero, rico ó pobre, claro ú oscuro, agradable ó rudo al oído, en comparacion de los demás? Los sabios no están mas de acuerdo sobre este punto que sobre el anterior: una especie de prevención religiosa ha hecho creer á muchos que es una lengua divina, que tiene por autor al mismo Dios; que fué la de nuestros primeros padres en el paraíso terrenal, así como la de los profetas. Otros, y principalmente los orientales, juzgan de diferente manera; creen que el siríaco fué el lenguaje de los primeros hombres; que si el antiguo Testamento fué escrito en *hebreo*, no es en razon de la excelencia de esta lengua, que en el fondo es muy pobre y alterada por la mezcla de muchas lenguas extrañas, sino porque el pueblo á quien Dios queria confiar las Escrituras, no entendia otra. No obstante, segun la opinion del mayor número, ni el *hebreo* ni el siríaco podrian compararse con el árabe, que es infinitamente mejor, tanto por su abundancia y riqueza, como por la belleza de la expresion. Beausobre, *Hist. del maniqueísmo*, t. 1, c. 2, § 1.

Por otra parte, los incrédulos, sin entender nada, y solo por deprimir el texto de la Escritura Santa, decidieron que el *hebreo* es una jergonzia muy grosera y muy pobre, de una oscuridad impenetrable, digna de un pueblo ignorante y bárbaro, tal como eran los judíos, etc. ¿Qué partido tomar entre tantas contradicciones? Un medio prudente, si es posible.

Como los hebreos no cultivaron las artes, las ciencias y la literatura con tanto esmero como los griegos y romanos, es imposible que el *hebreo* fuese tan trabajado y regular como el latín y el griego; solo la naturaleza

sirvió de guia en su construccion. Por otra parte, como esta lengua no fué hablada mas que por un solo pueblo, no reinó mas que en un espacio de pais muy limitado, y no tuvo un gran número de escritores, no pudo adquirir tanta abundancia como las que estuvieron en uso en muchos pueblos, y en las que escribieron un gran número de autores en diferentes paises, con mas ó menos talento natural ó adquirido. En cuanto al adorno ó rudeza, depende del gusto y del hábito; ningún pueblo confesará jamás que su lengua materna sea menos bella y agradable que la de sus vecinos.

No obstante es preciso recordar que Moisés, principal escritor de los hebreos, habia sido instruido en todas las ciencias conocidas de los egipcios, que era seguramente el hombre mas sabio de su siglo, y que sus escritos suponen conocimientos prodigiosos para aquel tiempo. No es menos cierto que los libros del antiguo Testamento tratan materias de todas especies; no solo hay en ellos una teología profunda, sino historia, jurisprudencia, moral, elocuencia, poesia, historia natural, etc. Con poca razon nuestros bellos espíritus consideran á los hebreos como un pueblo absolutamente ignorante y bárbaro; y una vez que su lengua les ha suministrado términos y expresiones sobre todos estos objetos, se les acusa injustamente de ser muy pobre y estéril.

Estáramos mucho mas en estado de juzgar de ella, si tuviésemos todos los libros que fueron escritos en esta lengua, principalmente los que Salomón habia compuesto sobre la historia natural; pero la Sagrada Escritura hace mencion de veinte obras, por lo menos, hechas por escritores hebreos que no subsisten. Cuando para probar la pobreza del *hebreo* se dice que una misma palabra tiene siete ú ocho significaciones diferentes, se discurre muy mal: no nos seria difícil demostrar que lo mismo sucede en el francés, no obstante de haberse hecho una lengua muy abundante.

No se fundan mejor al decir que es una lengua muy oscura, y que no se asemeja á ninguna otra. En la palabra *HERBASSO* hemos probado, que esta pretendida oscuridad viene únicamente de que se ha comparado el *hebreo* con lenguas sábias y cultivadas, en particular con el griego y latín, cuya construccion es muy diferente; pero comparándola con el francés, se ven desaparecer la mayor parte de los idiotismos de las expresiones particulares é irregularidades de que se la acusa; que, en una palabra, el mayor número de lo

que se llaman *hebraísmos* son verdaderos *galicísmos*; que así á un francés le cuesta mucho menos aprender el *hebreo*, que le debería costar en otro tiempo á un griego ó latino.

III. Es una cuestion célebre entre los críticos hebraizantes el saber si los antiguos hebreos no escribían mas que las consonantes y las aspiraciones, sin añadir á ellas ninguna señal para marcar las vocales, ó si habia en su alfabeto letras que fuesen vocales segun la necesidad. Algunos han creído que los caracteres $\aleph \ beth \ gimel \ daleth$, que se toman por aspiraciones, eran nuestras letras A E I O U; esta es la opinion de M. Gêbelin, *Origen del lenguaje y de la escritura*, p. 438. Lo ha probado no solo por autoridad de muchos sabios, sino con razones á nuestro parecer muy fuertes. Por otra parte, M. de Guignes, *Mém. de la Acad. de las inscripciones*, t. 63, in 12^o, p. 226, y M. Dupuy, t. 66, p. 1, han sostenido lo contrario. El primero prueba que el uso de todos los pueblos orientales, en los primeros tiempos, era el no escribir mas que las consonantes y las aspiraciones, sin marcar las vocales; que en esto los alfabetos de los caldeos, sirios, fenicios, árabes, egipcios, etiopes é indios están conformes con el de los hebreos; que esta manera de escribir es una consecuencia incontestable de la escritura jeroglífica por la cual se empezó. El segundo se esforzó en probar que los caracteres arriba expresados jamás hicieron en la escritura hebraica la funcion de vocales propiamente dichas; pero esta segundo hecho no nos parece tan bien probado como el primero.

¿No podria tomarse un medio, diciendo que $\aleph \ y \ \eta$ eran, ya simples aspiraciones, ya vocales, pero que la pronunciacion variaba como, varia en el dia en los diferentes pueblos, y aun entre nosotros en las diferentes palabras? Los diptongos principalmente no se pronuncian casi en ninguna parte uniformemente. Puede creerse, pues, que algunos caracteres hebreos, como $\aleph \ y \ \eta$, eran, ya consonantes, ya vocales, cambiando la figura, segun los empleaban; pero los latinos así como los antiguos escritores no siempre fijaron la atencion en esto, lo cual no impedia que se distinguiera el valor por el hábito. De la misma manera tambien $\gamma \ y \ \epsilon$ eran ó aspiraciones ó consonantes, segun el lugar que ocupaban en las palabras, porque en todas las lenguas las aspiraciones fuertes se cambian fácilmente en consonantes silbantes, como lo han notado todos los observadores del lenguaje.

En esta hipótesis, se concibe fácilmente cómo los griegos, colocando dichos caracté-

res en su alfabeto, han hecho de ellos simples vocales, y suplieron á las aspiraciones por el espíritu dulce y el espíritu rudo; y esta es la razon por que S. Jerónimo llamó á estas letras ya *vocales*, ya *consonantes*, por que los gramáticos llaman muchas veces estas letras *durmientes*, *quiescentes*. No se han inventado letras para ser durmientes, pero se ha dejado de pronunciarlas siempre que han determinado una especie de hipo ó una cacofonia; nada mas comun que esta elipse en todas las lenguas. Esta conjetura se confirmará mas abajo por otras observaciones.

Como quiera que sea, todos los sabios convienen en que los puntos vocales del *hebreo* son una invencion reciente. Los unos la atribuyen á los masoretas, que trabajaron en el siglo diez y seis, otros al rabino *Ben Ascher*, que vivió en el once. Algunos judíos quisieron hacerla ascender hasta Esdras, otros hasta Moisés: esto es una pura invencion. 1^o Antes de Esdras y aun después, los judíos escribieron el texto *hebreo* en letras samaritanas; ahora bien, estos caracteres antiguos jamás fueron acompañados de ningún signo de vocales, no se ven ni en las medallas samaritanas acuñadas en tiempo de los Macabeos, ni en las inscripciones fenicias. Si los puntos vocales fuesen de un uso antiguo, los judíos, que desde Esdras llevaron hasta el escrupulo la adhesion y respeto por su escritura, las hubieran conservado seguramente, y no lo hicieron.

2^o Con efecto, los parafrastos caldeos, los Setenta, Aquila, Simmaco, Teodocion, los autores de las versiones siríaca y árabe no conocieron los puntos vocales, porque introdujeron muchas veces las palabras *hebraicas* en un sentido diferente del que está marcado por la puntuacion. Decir que esto proviene de que tenían ejemplares puntuados diferentemente, es suponer lo que está en cuestion. En el siglo tercero, Orígenes, escribiendo el texto *hebreo* en caracteres griegos, no siguió la puntuacion prescrita por los puntuadores. En el quinto, S. Jerónimo, *Epist. 126 ad Evagr.*, dice que en su tiempo la misma palabra *hebraica* se pronunciaba diferentemente, segun la diversidad de paises y el gusto de los lectores; presenta ejemplos de esto en su *Comentario* sobre los cap. 26 y 29 de Isaías, sobre el cap. 3 de Oséas, el 3 de Iabacuc, etc. En el sexto, los compiladores judíos del Talmud de Babilonia no se dirigian por la puntuacion, porque muchas veces disertan sobre palabras que tienen diferentes sentidos, segun la manera de pronunciarlas. Esto se ve tambien por el *keri* y *ketib*, ó por las variantes

que los masoretas pusieron al margen de las Biblias, las que no atañen á las vocales sino á las consonantes. Los antiguos cabalistas no sacaban ninguno de sus misterios de los puntos, sino de las letras del texto; si hubiesen ido acompañadas de puntos, les habría sido tan fácil suilizar tanto sobre los unos como sobre las otras. También los ejemplares de la Biblia que los judíos leen en sus sinagogas y que encierran en su cofre sagrado están sin puntos, y la mayor parte de los rabinos escriben de la misma suerte. Prideaux, *Hist. de los judíos*, lib. 5, § 6.

Los académicos que hemos citado son de opinión diferente sobre otro punto. M. Dupuy se ha persuadido que era imposible entender el hebreo sin vocales, que siempre hubo algunos signos para marcarlas, que probablemente era para lo que serían los acentos de que S. Jerónimo ha hablado mas de una vez. Prideaux piensa de la misma suerte, y esta es también la opinión del autor que escribió el artículo de la LENGUA HEBREA de la *Enciclopedia*. M. de Guignes, por el contrario, sostiene y prueba que no solo no era esto imposible, sino que era mucho menos difícil de lo que se cree; y esta discusión se ha hecho importante, en razon á sus consecuencias.

1º Observa muy bien que en los diversos métodos de escribir, el hábito es el que determina la facilidad ó dificultad. Despues que á fuerza de invenciones nuevas se nos han disminuido y abreviado todas las clases de trabajo, nos hemos hecho perezosos y mucho menos animosos que nuestros padres; no comprendemos cómo podian carecer de mil cosas que el hábito nos ha hecho necesarias.

2º Los orientales son mucho mas adictos que nosotros á sus antiguos usos; cualquiera que sea la comodidad que procure una invención nueva, siempre tienen mucha repugnancia á abrazarla, testigo la adhesión pertinaz de los chinos á la escritura jeroglífica: es cien veces mas difícil aprender á leer y escribir en chino, que entender las lenguas orientales escritas sin puntos ó vocales; no obstante se ha visto á M. Fourmont componer una gramática y un diccionario chino sin haber oído jamás hablar el chino.

3º En las lenguas de Oriente la regularidad de la marcha de una raíz y de sus derivados guía el entendimiento y la pronunciación, instruye al lector de las vocales que exige tal conjunto de consonantes: así, una vez conocido el sentido de una raíz, se ve de la manera que es preciso variar las vocales para formar los derivados.

4º El hebreo sin puntos es seguramente

menos difícil de leer y entender que lo era en otro tiempo la Escritura en notas ó abreviaturas. Se sabe que este arte habia sido elevado hasta el punto de escribir tan vivo como se hablaba; mas de una vez los sabios han sentido la pérdida de este talento. Las inscripciones latinas, compuestas solamente de las letras iniciales de la mayor parte de las palabras, jamás pasaron por enigmas indescifrables.

5º Una prueba sin réplica del hecho que sostenemos es que muchos sabios aprendieron el hebreo sin puntos en muy poco tiempo, y lo leen de esta suerte; acaso es el mejor de todos los métodos. Se podría aprender también muy bien por la simple comparación de las raíces monosílabas del hebreo con las de las demás lenguas, recordando siempre que las vocales son indiferentes.

6º La poca importancia de las vocales en la escritura es otro hecho demostrado. En las diversas jergas de nuestras provincias, el nombre Dios se pronuncia *De, Dei, Di, Da, Dian*, y otras veces *Diez*. Añadamos á esto las inflexiones del latín *Deus, Dei, Dii ó Di*; hé aquí diez ó doce pronunciaciões diferentes, sin que se altere la significación. Aun cuando este monosílabo se escribiese únicamente con una D, ¿en dónde estaria la oscuridad?

Nada pues está peor fundado que el principio sobre el cual ha razonado el autor del artículo LENGUA HEBREA de la *Enciclopedia*, artículo que se ha copiado en el *Diccionario de gramática ó de literatura con muy lieros correctivos*. El autor sostiene que una escritura sin vocales es ininteligible, que es un enigma al que se da el sonido que se quiere, una nariz de cera que se mueve hacia donde á uno le place; de este principio falso ha sacado consecuencias todavia mas falsas, se ha entregado á las conjeturas mas temerarias.

La escritura, dice, es el cuadro del lenguaje: ahora bien, no puede haber lenguaje sin vocales; luego los primeros inventores de la escritura no pudieron dejar de poner vocales. ¿Por qué nos han llegado los libros sin puntuación? Es porque los sabios de la alta antigüedad tuvieron por principio que la ciencia no era hecha para el vulgo, que debían borrarse las avenidas al pueblo, á los profanos y á los extranjeros. Este principio habia presidido en parte á la invención de los jeroglíficos sagrados que existieron antes de la escritura: por consiguiente dirigió también á los inventores de los caracteres alfabéticos, que no son mas que jeroglíficos mas sencillos y mas compendiados que los antiguos. Los sig-

nos de las consonantes fueron pues manifestados al vulgo; pero se le reservaron los de las vocales, como una llave y un secreto que no podia ser confiado sino á los únicos guardianes del árbol de la ciencia, á fin de que el pueblo se viese siempre obligado á recurrir á sus lecciones. Otro origen de los libros no puntuados es el desarreglo de la imaginación de los rabinos y de los cabalistas; suprimieron en la Biblia los antiguos signos de las vocales, á fin de encontrar en ellas sus signos misteriosos. No se puede dudar, continúa el autor, que Moisés, educado en las artes y ciencias del Egipto, se sirviera de la escritura puntuada para dar á conocer su ley; no podia ignorar el peligro de las letras sin vocales; sin duda lo previno. Mandó á cada israelita trascrribirla al menos una vez en su vida; pero en la apariencia todo nos dice que los hebreos fueron tan poco feles en la observancia de este precepto como en los demás, que lo violaron siempre que cayeron en la idolatría. Durante diez siglos este pueblo estúpido poseyó un libro precioso que tenia abandonado siempre, y una ley santa que olvidó, hasta el punto de que bajo Josías fué una maravilla encontrar un libro de Moisés. Estos escritos estaban archivados en el santuario del templo y confiados á la guarda de los sacerdotes; pero estos, que no tardaron en participar de los desórdenes de su nacion, tomaron sin duda también el espíritu misterioso de los sacerdotes idolátras: acaso solo presentaron los ejemplares sin vocales, á fin de hacerse los dueños y árbitros de la fe de los pueblos; acaso se buscaron de ellos desde entonces para buscar las cosas ocultas, como hacen en el día sus sucesores. Pero además de la rareza de los libros de Moisés y de la facilidad de abusar de la escritura no puntuada, aun la que lleva puntos vocales se alteró tan fácilmente con la puntuacion, que debió haber un gran número de razones esenciales para quitarla de la mano de la multitud y del extranjero. Cuando se pregunta á nuestro crítico como Dios que dió una ley á su pueblo, que le ordenó con tanta severidad su observancia, que prodigó los milagros para obligarle á ella, pudo permitir que la escritura fuese tan oscura y la lectura tan difícil, responde que no dependia de los sacerdotes el cumplir mejor su deber; que por otra parte no es permitido sondear las miras de la Providencia, y preguntarle por qué dió á los judíos ojos á fin de que no viesen, orejas á fin de que no oyesen, etc. Esta divina Providencia, dice, obró un gran prodigio, con-

servando entre los judíos la llave de sus anales por medio de algunos libros puntuados que escaparon de las diversas rapinas de su patria, haciendo llegar hasta nosotros los libros de Moisés entre tantas vicisitudes. Pero por último, despues de la cautividad de Babilonia, los judíos, corregidos por sus desgracias, fueron mas fieles á su ley: conservaron el texto de la Escritura con una exactitud escrupulosa; llevaron sobre este punto el respeto hasta la superstición. Seguramente fué restablecido este texto por Esdras, valiéndose de ejemplares antiguos y puntuados, sin los cuales hubiera sido imposible encontrar el sentido de ellos. En cuanto á los sabios modernos que tienen gusto por las Biblias no puntuadas, dan acaso en el exceso opuesto de los judíos; parece que quieren hacer revivir la mitología.

Hemos creído necesario presentar todas estas observaciones, á fin de dar á conocer mejor la intencion maliciosa del que las ha hecho. Pero se ha refutado á sí mismo, segun la costumbre de todos nuestros filósofos modernos.

Ya hemos probado que es falso que la escritura sin vocales sea ininteligible, ó signifique todo lo que se quiera; no solo el autor no destruye nuestras pruebas, sino que las confirma. Convenimos en que la escritura es el cuadro del lenguaje, pero este cuadro puede ser mas ó menos parecido y perfecto: sería un absurdo creer que en su origen fué llevado hasta la perfección; el mismo autor piensa lo contrario. « Lo que puede creerse, dice, con mas fundamento sobre los alfabetos, es que estando desprovistos de vocales, parecen haber sido uno de los primeros grados por donde fué preciso que pasara el entendimiento humano para llegar á la perfección. » Puesto que tal es la opinion mas razonable, ¿á qué abrazar otra? Ha reconocido, como todos los sabios, que la primera tentativa hecha para pintar el pensamiento, fué el escribir en jeroglíficos; que los caracteres, aun los alfabéticos, no eran en su origen mas que jeroglíficos. M. de Gêbelin lo probó perfectamente, y el autor de las *Cartas á M. Pailly, sobre los primeros siglos de la historia griega*, llevó este hecho hasta la demostracion. Luego el arte de escribir no fué tan perfecto al principio como lo es en el día: luego el espíritu misterioso no tuvo la menor parte ni en la invencion de este arte, ni en sus progresos; mas bien fué el espíritu contrario. El mismo autor conviene en lo indiferentes que son las vocales en la escritura, observando que estos sonidos varían en to-

das las lenguas, y nosotros lo hemos probado. Luego si se ha tratado de hacer un alfabeto común para muchos pueblos que pronunciaban de diferente manera, ha sido preciso quitar las vocales. Por último, este mismo crítico dice que no tenemos ningún motivo para desconfiar de la fidelidad de los primeros traductores de la Sagrada Escritura, porque eran ayudados por la tradición; nosotros creamos lo mismo; pero si este auxilio fué suficiente para conservar el verdadero sentido del texto, ¿por qué no había de serlo también para conservar la manera de leer y pronunciar sin vocales escritas?

Desde que el autor destruyó de esta suerte sus mismos principios, todas las consecuencias que deduce cayeron por sí mismas. Así:

1º Es falso que los alfabetos sin vocales provengan de que los sabios de la antigüedad trataban de ocultar sus conocimientos al vulgo, trajeron su origen de que fué preciso empezar el arte de escribir, como todos los demás artes, por ensayos débiles, antes de llevarlos al grado de perfección á que llegaron después. Si los sabios antiguos hubiesen querido ocultar sus conocimientos al vulgo, no se habrían tomado el trabajo de perfeccionar la escritura por el uso de los caracteres jeroglíficos, y todavía menos el de perfeccionar la escritura por el uso de los caracteres alfabéticos; ó se hubiesen limitado á instruir de viva voz á sus discípulos, ó no habrían enseñado nada. En todos tiempos los sabios, lejos de ocultar sus conocimientos, mas bien trataron de extenderlos, pero rara vez encontraron discípulos ávidos de ciencia; no se hicieron misteriosos, y no tuvieron una doble doctrina, sino cuando los pueblos, cegados por una religión falsa, no quisieron oír la verdad, y había peligro en decirlo. ¿Acaso es por la mala voluntad de los sabios por lo que los chinos se obstinan en escribir en jeroglíficos, y el que la mayor parte de las naciones del Asia no quisieron vocales en su alfabeto, por lo que nuestros antiguos libros están escritos todos seguidos, sin separación de palabras, sin puntos y sin comas? La verdadera causa es la adhesión á las antiguas rutinas. También se ha acusado al clero de los primeros siglos de haber mantenido á los pueblos en la ignorancia, al paso que él hacía los mayores esfuerzos para vencer la preocupación absurda de los nobles, que consideraban al clero ó los ciencias como una señal de gente plebeya.

2º Es una contradicción el suponer que los sabios de la mas remota antigüedad afectaron el misterio en sus lecciones, no obstante que

Moisés y los inventores de la escritura escribieron al principio con vocales, á fin de comunicar la ciencia al pueblo; que después algunos sabios, celosos de dominar á algunos entendimientos, ó los cabalistas intentados suprimieron las vocales, á fin de reservarse la llave de las ciencias; ¿En qué siglo cometieron estos esta prevaricación? Los desvarios de la cabala son un sueño reciente; no empezó sino después de la complicación del Talmud. Los cabalistas podían sacar tan fácilmente sus visiones místicas del arreglo de los puntos vocales como de las consonantes. ¿Era necesario ocultar el sentido de la escritura hebráica á los extranjeros que no entendían el hebreo? En esto limita el autor el genio imaginario de los rabinos y cabalistas, busca el misterio en donde no lo hay. Si Moisés escribió sus leyes en caracteres puntuados, si prevenía el peligro de las letras sin puntos, si trató de prevenir el abuso que podía hacerse de ellas, ¿por qué no dice nada de esto en sus libros? Amenazó á los judíos con los castigos que caerían sobre ellos cuando olvidaran la ley del Señor; pero lejos de prevenirlos contra la infidelidad de los sacerdotes á quienes confiaba sus libros, mandó al pueblo recurrir á sus lecciones. Si esta confianza era peligrosa, Moisés es responsable de las desgracias que se siguieron.

Otra extravagancia del autor es el insistir sobre la necesidad de los puntos vocales para prevenir el abuso que podía hacerse de la escritura, y exagerar después la facilidad que hubo para corromper los libros aun puntuados. ¿Cómo puede ser necesaria una precaución si no remedia nada?

3º El autor supone que no había mas escritura entre los hebreos que los libros santos, guardados por los sacerdotes; esto es una falsedad. Su historia nos enseña que tenían archivos civiles, tratados, contratos, genealogías; los reyes tenían secretaríos, recibían cartas y contestaban á ellas; los divorcios se hacían por medio de un billete. Los diputados enviados por Josué, para examinar la Palestina, hicieron su descripción en un libro. *Jos.*, xvii, 4 y 9. Había una ciudad llamada *Cariat-Sepher*, la ciudad de las letras ó de los archivos. O todo esto se escribía solo por medio de consonantes, ó con los signos de las vocales: en el primer caso, es falso que la escritura sin vocales fuese ininteligible ó inusitada; en el segundo, solo dependía de los particulares el emplear el mismo método al transcribir los libros de Moisés. Estos libros no solo contienen los dogmas y leyes religiosas de los hebreos, sino que en-

cierran también las leyes civiles y políticas, las divisiones de las tribus y sus genealogías: todo esto fué seguido al pie de la letra por Josué. Todas las familias se veían, pues, obligadas á consultar estos libros y leerlos. En el reino mismo de Israel, entregado á la idolatría, Achab, aunque impío, no se atrevió á despojar á Naboth de su viña contra la prohibición de la ley; fué preciso que Jezabel, su esposa, entregase á la muerte á Naboth para apoderarse de sus bienes. Por último, aun cuando hubiese sido posible á los sacerdotes el tocar al texto sagrado, estamos seguros de que no lo hicieron, porque los profetas que les reprenden todas sus prevaricaciones, no los acusan de esta. Jesucristo, que es también el mejor garante de la integridad de los libros santos, nos los ha dado como la pura palabra de Dios.

La admiración de Josias, cuando se le leyó el libro de Moisés hallado en el templo, no prueba que las copias fuesen raras. Este rey subió al trono á la edad de ocho años, había sido muy mal instruido en su infancia por sus padres idólatras, y es probable que los que gobernaron bajo su nombre, antes de su mayor edad, no eran hombres muy piadosos; pero él supo remediar este desorden y la negligencia de sus antecesores. Tobías, Raguel, Gabelo, conducidos al cautiverio por Salmasar, no eran del reino de Judá, sino del de Israel; si no hubiesen leído los libros de Moisés, no habrían sido tan instruidos ni tan fieles observadores de sus leyes. Tobías cita á su hijo no solo las palabras de la ley, sino las predicciones de los profetas con respecto á la ruina de Nínive y al restablecimiento de Jerusalén. *Tob.*, xiv, 6. Cuando los súbditos del reino de Judá fueron conducidos á su vez al cautiverio, Jeremías les dió el libro de la ley, á fin de que no olvidasen los preceptos del Señor. *II Machab.*, u, 2. Durante su manción en Babilonia, los profetas Ezequiel y Daniel leían este libro y le citaban al pueblo. Después de su vuelta, Ageo, Zacarías y Malaquías hacían lo mismo. Los libros de Moisés jamás se perdieron ni dejaron de ser leídos. Así las conjeturas del autor sobre lo que Estras se vió obligado á hacer para restablecer el texto, y el milagro de la Providencia que fué indispensable para transmitirle hasta nosotros, son vanas imaginaciones refutadas después por la historia. La Providencia veló sin duda alguna, y ha provisto por un medio muy natural al interes esencial que tenían los judíos de consultar, de leer y de conservar preciosamente sus libros.

En cuanto á lo que dice, que Dios habia dado á los judíos ojos para no ver, etc., es una falsa interpretación de un pasaje de Isaías, citado en el Evangelio; ya lo refutamos en otra parte. Véase EXORDIARIO. También podíamos decirle en el mismo sentido que Dios le habia dado mucho entendimiento para no creer mas que visiones y errores.

4º Acaba de destruir su sistema, notando el uso que los profetas caldeos han hecho de las letras *א, ה, ו*, etc. «No emplearon, dice, la puntuación en los *targos* ó parafrasis; pero se sirvieron de esas consonantes mudas poco usadas en el texto sagrado, en donde no tienen valor por sí mismas, pero que son tan esenciales en el caldeo, que se llaman *matres lectionis*, porque fijan el sonido y valor de las palabras, como en los libros de las demás lenguas. Los judíos y rabinos hacen el mismo uso en sus escritos.» Ahora bien, no son las *matres de la lectura* sino porque son reputadas como vocales; luego pudieron tener el mismo uso en hebreo, como lo sostienen muchos sabios. Entonces ya no son simples aspiraciones, ni consonantes mudas, sino verdaderas vocales, que tienen valor por sí mismas. Es falso que sean poco usadas en el texto sagrado; son tan frecuentes como en el caldeo; es suficiente abrir una Biblia hebrea para convencerse de esto mismo.

5º No hay prueba alguna de que los Setenta, ni S. Jerónimo, ni los masoretas tuvieron textos puntuados; no hacen ninguna mención de los puntos; hablan de la variedad de la pronunciación de las palabras y no de la puntuación. La diferencia que se encuentra entre estas versiones ha provenido de la primera de estas causas mas bien que de la segunda; su uniformidad en lo esencial no prueba, pues, que tuvieron un auxilio común á la vista para marcar las vocales, sino que tuvieron un método común para leer, conservado por la tradición. El autor conviene en que estos primeros traductores tuvieron esta guía para descubrir el verdadero sentido de las palabras; tampoco era necesario mas para traducir lo mismo.

No examinaremos lo que dice sobre la duración del hebreo como lengua viva, sobre el auxilio que de ella puede sacarse para descubrir las etimologías, sobre la manera con que es preciso proceder. Como no tomé por raíces monosílabas sino palabras compuestas, su método es ficticio, é hizo otras muchas observaciones que no son mas verdaderas que aquellas cuya falsedad acabamos de manifestar.

No se acusará al sabio Freret de haber tenido un respeto excesivo por los libros san-

posible que los autores eclesiásticos caldeos, sirios y árabes no hubiesen entendido nada del texto *hebreo* cuando sus lenguas tenían tanta afinidad con el *hebreo*; lo mismo debía suceder con los escritores nestorianos ó eutiquianos cuyas obras subsisten todavía. Unos y otros no adivinaron la versión de los Setenta, porque no se servían de ella, y los nestorianos siempre rechazaron las explicaciones alegóricas de la Sagrada Escritura: no obstante, al explicarla, no hicieron uso ni de la crítica, ni de la gramática *hebraea* como los PP. griegos y latinos. Hé aquí un gran número de culpables, según la opinión de los protestantes.

3º Para manifestar lo ridiculo de estos grandes críticos, podríamos limitarnos á preguntarles, ¿en qué ha contribuido la erudición *hebraica* de los protestantes para la perfección del cristianismo? ¿qué verdad saludable antes desconocida se ha descubierto en el texto *hebreo*? ¿qué nuevo medio de santificación se ha encontrado en él? Ya sabemos los prodigios que ha obrado: ya dado origen al socinianismo y á veinte sectas fanáticas: á fuerza de ciencia *hebraica* es como Le Clerc mismo se ha hecho sociniano, y vió que en el antiguo Testamento la divinidad del Hijo de Dios no fué revelada con claridad; por medio de las sutilezas de gramática y de crítica es como los socinianos consiguieron eludir y torcer el sentido de todos los pasajes de la Sagrada Escritura que se les oponen.

Hé aquí un ejemplo que da Le Clerc. En el salmo 110 ó mas bien 109, v. 3, el texto *hebreo* dice, según él, *ex utero aurora tibi ros genituræ tuæ*; pero los PP. leyeron como los Setentidos, *ex utero ante luciferum genui te*, y entendieron este pasaje de la generación eterna del Verbo.

Sin tratar de disputar acerca de erudición *hebraica* con Le Clerc, nosotros decimos que su versión es falsa, que *uterus aurora* y *ros genituræ tuæ* son dos metáforas extrañas é inusitadas en *hebreo*. Existe literalmente, *ex utero, ex diluili rore, tibi genitura tuæ*; y nosotros preguntamos ¿en qué difiere este sentido del de los Setenta? Si Le Clerc hubiese querido recordar que S. Pablo aplica al Hijo de Dios el primero y cuarto versículo de este salmo, *1 Cor.*, xv, 25; *Hebr.*, i, 13; v. 6, etc., habría comprendido que los PP. no hicieron mal aplicándole el tercero, y entendiéndole como los Setenta. El siríaco y el árabe tradujeron de la misma suerte, porques un absurdo detenerse en el sentido puramente gramatical, y entender que el Hijo de Dios fué engendrado antes de la aurora, ó al mismo tiempo. Los judíos, toda-

via mas estúpidos, aplican este salmo á Salomon, y dicen que el 3 significa que este príncipe nació muy temprano; pero sus doctores antiguos juzgaban como nosotros, que estas palabras designan el nacimiento eterno del Mesías. Véase á Galatin, *A.* 3, c. 17.

Los PP. de la Iglesia tuvieron, para explicar la Sagrada Escritura y su teología, un guía mas á propósito que las reglas de gramática: á saber, la tradición recibida de los apóstoles y siempre viva, la analogía de la fe, y la memoria de lo que habían enseñado los apóstoles. Le Clerc no tuvo en cuenta nada de esto, y pone en ridiculo esta tradición. Probaremos en otra parte lo absurdo de esta pertinacia de los protestantes.

Aun cuando hubiesen probado que entendían mejor el *hebreo* que los Setenta, los parafrastras caldeos, Aquila, Teodocion y Simmaco, autores de la quinta y sexta versión de las traducciones siríaca y árabe, etc., sostenían de la misma suerte que sus disertaciones gramaticales no pueden prevalecer al voto reunido de todos estos traductores, y que esta tradición puramente humana es mas segura que las conjeturas de todos los socinianos y de todos los protestantes del mundo.

Es tambien por su parte un rasgo de vanidad muy mal fundado el pretender que sus doctores crearon ó restablecieron en la Iglesia el estudio de la lengua *hebraea*; jamás se interrumpió este estudio; en los siglos mismos que pasan por mas oscuros, hubo hombres hábiles en las lenguas orientales: hemos hecho su enumeración en el artículo **HEBRAIZANTE**, y es preciso no olvidar que los primeros protestantes que sabían el *hebreo*, lo habían aprendido en los conventos á que pertenecían antes de ser apóstatas. Fleury, *Noeno discurso sobre la Historia eclesiástica*, n. 6.

Hebreos. Nación que después fué llamada los *Israelitas* y el *pueblo judío*. Según la Historia Sagrada, los *Hebreos* son la posteridad de Abraham que salió de la Caldea en donde nació, para venir á habitar la Palestina, y que fué denominado *hebreo, heber*, es decir, viajero ó extranjero, por los cananeos.

La ambición de introducir en todas las cosas la Historia Sagrada, ha inducido á algunos incrédulos modernos á poner en duda este origen, á sostener que los *hebreos* eran ó una colonia de egipcios, ó una horda de árabes beduinos; y han tratado de probarlo por el testimonio de muchos autores profanos. ¿Hay alguna verisimilitud en esta pretensión?

Tácito había consultado diferentes tradiciones de los historiadores sobre el origen de los judíos: las refiere todas, *Hist.*, *lib.* 5, c.

1. «Los unos, dice, creen que los judíos nacieron de la isla de Creta y de los alrededores del monte *Ida*, otros dicen que salieron de Egipto bajo el mando de Jerosolymus y de Judá. Muchos los consideran como un pueblo de etiopes. Algunos dicen que una multitud de asiáticos, que no tenían tierras que cultivar, se apoderaron de una parte del Egipto, y se establecieron despues en la Siria ó país de los *hebreos*. Otros juzgan que los solimos, de quienes habla Homero, construyeron á Jerusalén y le dieron su nombre. La mayor parte están de acuerdo en decir, que en un contagio que sobrevino en Egipto, el rey Bochoris deserró á los enfermos como enemigos de los dioses. Estos desgraciados, abandonados en un desierto y entregados á la desesperación, tomaron por jefe á Moisés, y despues de seis dias de marcha, arrojaron á los habitantes del país, en el cual construyeron su ciudad y su templo.»

Efectivamente sabemos por Josefo que Manethon, Cheremon y Lysimaco, historiadores egipcios, dicen que los judíos son una multitud de leprosos arrojados de Egipto. *Contra Apion*, *lib.* 1, c. 9, y sig. Diodoro de Sicilia y Trogo Pompeyo, en Justino, dicen lo mismo. Estrabon, *Geógrafo*, l. 16, dice por el contrario que los judíos eran una colonia de egipcios que no pudieron sufrir las supersticiones de sus conciudadanos, á los cuales dió Moisés una religion mas razonable. Según Diógenes Laercio, algunos autores antiguos creen á los judíos descendientes de los magos de Persia, *lib.* 1, c. 1. Aristóteles les da por antecesores los gymnosofistas de las Indias.

De todas estas tradiciones contradictorias resulta ya que los historiadores profanos conocieron muy mal el origen, las costumbres y la creencia de los judíos, porque no habían leído sus libros, y porque los mas antiguos son posteriores á Moisés por lo menos ochocientos años. No conocieron á los judíos sino á fines de su republica, y despues de las persecuciones que sufrieron por parte de los reyes de Siria.

Esta sola reflexión bastaría ya para darnos á conocer que Moisés, historiador y legislador de los *hebreos*, es mucho mas creíble que todos estos escritores extranjeros, muy modernos y prevenidos contra los judíos. Nos dice que sus antepasados eran originarios de la Caldea; la semejanza entre el caldeo y el *hebreo* es una prueba de ello. Dice que Abraham salió de la Caldea para venir á habitar á la Palestina; en ella se ve efectivamente su sepulcro, y el de Isaac su hijo; se mostraban todavía los parajes en que habían habitado, y

los pozos que hicieron. Añade que Jacob, nieto de Abraham, se vió obligado por el hambre á ir á Egipto con su familia, que se multiplicó su posteridad en este punto durante doscientos años, que fué reducida á la esclavitud por los egipcios, y puesta en libertad por una serie de prodigios.

Moisés no inventó estos hechos para alisonar la vanidad de su nación; no le atribuyen ni una alta antigüedad, ni conquistas, ni conocimientos superiores, ni una constante prosperidad. La lengua *hebraea*, mas análoga á la de los caldeos que cualquiera otra, el nombre de *hebreos* ó viajeros dado á la posteridad de Abraham, los monumentos esparcidos por la Palestina, los nombres de los hijos de Jacob dados á las doce tribus, una fiesta solemne instituida para celebrar su salida de Egipto, sirven de testimonio á los hechos que refiere. El testamento de Jacob, sus huesos y los de José llevados á la Palestina, prueban que los *hebreos* se consideraron siempre como extranjeros en Egipto: la diferencia en el lenguaje, en las costumbres y religion de estos dos pueblos lo da á conocer todavía mejor. Un historiador que marcha con tantas precauciones, con tanto desinterés y pruebas no puede ser sospechoso.

La diferencia entre el lenguaje de los libros sagrados y la lengua de los egipcios es cierta tambien. José, hecho primer ministro en Egipto, hablaba á sus hermanos por medio de un intérprete. *Gen.*, xliii, 23. Isaías predice que habrá en Egipto cinco ciudades que hablarán la lengua de Canaan, y jurarán por el nombre del Señor, xv, 48. Es verdad que se dice en el salmo 80 que el pueblo de Dios, *saliendo de Egipto*, oyó hablar una lengua que le era desconocida; pero esta versión es defectuosa. En el texto *hebreo* y en la paráfrasis caldea se dice, por el contrario, que José, *entrando en Egipto*, oyó hablar una lengua que no conocía. En efecto, los restos del antiguo egipcio no son lo mismo que el *hebreo*.

La creencia, las costumbres, los usos, las leyes de los *hebreos* eran muy diferentes de las de los egipcios; Diodoro, Estrabon y Tácito lo conocian: con poca razon ciertos autores modernos han afirmado que Moisés solo lo había sacado de los egipcios y lo había copiado. Los usos civiles y religiosos que Moisés les atribuye eran tambien los mismos que en la época de Herodoto, Diodoro y Estrabon, y no se parecen á los de los judíos.

Moisés manda á estos últimos tratar con humanidad á los extranjeros y á los esclavos, porque ellos mismos fueron esclavos y extranjeros en Egipto. *Deut.*, xxv, 18, 22, etc. Si este

hecho no fuera cierto, los judíos no hubieran sufrido leyes fundadas sobre semejante motivo, y habría sido necesario que el legislador fuese un insensato para proponérselas.

¿Los hebreos fueron arrojados de Egipto violentamente, ó salieron por su voluntad? Por los monumentos es por lo que es preciso juzgar. Moisés les prohibe conservar odio á los egipcios, porque fueron recibidos como extranjeros en Egipto; quiere que después de tres generaciones los egipcios proselitizasen al pueblo del Señor, *Deut.*, xxv. 7. Vemos en el *Levitico* una israelita que tenía hijos de un marido egipcio, xvii. 10. Por el contrario, excluye para siempre de la asamblea de Israel á las naciones enemigas, á los amalecitas y madianitas; prohíbe toda alianza con ellos, porque rehusaron á los hebreos el paso por sus tierras. ¿Hubieran perdonado alguna vez estos á los egipcios, si por una repulsió forzada y cruel se hubiesen encontrado expuestos á perecer? Después, los reyes de los judíos conquistaron la Idumea, pero jamás formaron pretensiones sobre el Egipto; Moisés lo había prohibido, *Deut.*, xvi. 16.

Los que se obstinan en sostener que los hebreos eran una multitud de leprosos arrojados de Egipto, deberían decirnos cómo este ejército de enfermos pudo atravesar el desierto, conquistar la Palestina, exterminar á los cananeos, fundar una república que subsistió por espacio de mil y quinientos años; se sabe que la lepra era una enfermedad dependiente del clima, en tiempo que no se hacia uso del lienzo; los ejércitos de los cruzados que volvieron de Oriente y del Egipto trajeron esta enfermedad á Europa; pero Moisés, por las precauciones que tomó, supo preservar á su nación de ella, porque, segun el testimonio de Tácito, los judíos eran naturalmente sanos, robustos, capaces de soportar el trabajo: *Corpora humanum salubria et ferentia laborum.*

¿Han conseguido probar mejor que los hebreos eran una horda de árabes beduinos, un pueblo ladrón y saltador de profesión? Su lengua no era el árabe, sus costumbres eran muy diferentes. Los de los árabes del desierto no han cambiado; habitan todavía como en otro tiempo en las tiendas; fueron siempre enemigos de todos sus vecinos, y tales como Moisés los describió. Los judíos eran agricultores y sedentarios en la Palestina; no tuvieron guerras ofensivas sino contra los cananeos.

Para sostener que eran árabes ladrones, uno de nuestros filósofos dice que Abraham robó al rey de Egipto y al de Gerara, sacando de ellos presentes; que Isaac robó al mismo

rey de Gerara con el mismo fraude; Jacobo robó el derecho de primogenitura á su hermano Esaú; Laban robó á Jacob, su verno. El cual robó á su suegro: Raquel robó á Laban, su padre, hasta sus dioses; los hijos de Jacob robaron á los siquemitas después de haberlos degollado; sus descendientes robaron á los egipcios, y fueron después á robar á los cananeos.

Pero el autor también robó esta necesidad á los deístas ingleses que la habían robado á los maniqueos. S. Agustín, *contra Faustum*, lib. 22, c. 5; *contra Adimant.*, c. 17. Este pillaje se ha hecho muy honrado desde que se ha ejercido gloriosamente por los filósofos incrédulos. A su vez los judíos fueron robados por los egipcios bajo Roboam, por los asirios bajo sus últimos reyes, por los griegos y los sirios bajo Antiocho, por los romanos que devastaron la Judea. Estos, después de haber robado á todos los pueblos conocidos, fueron robados por los godos, los hunos, los borgoñones, los vándalos y los francos. Nosotros tenemos la gloria de descender de unos y otros, y de esto no se deduce que seamos árabes beduinos.

Sin tratar de justificar todos los robos particulares, decimos que los hebreos no robaron á los egipcios; antes de partir de Egipto pidieron vasos de oro y plata, y los egipcios se los dieron, por temor de perecer como sus primogénitos. *Exod.*, xii, 35. Era una justa compensación y un salario legítimo, por los trabajos forzados y por los servicios que los egipcios habían exigido injustamente de los hebreos. Si estos últimos hubiesen considerado estos presentes como un robo y una rapiña, no habrían hablado de ellos en sus libros. Esta es la respuesta que dió ya S. Ireneo á los marcionitas, hace mas de mil y quinientos años. *Adv. Hær.*, lib. 4, c. 30, n. 2.

Si es cierto que en el día los judíos enseñan que los bienes de los gentiles son como el desierto, que el primero que se apodera de ellos es su legítimo poseedor, Barbeyrac, *Tratado de los PP.*, c. 16, § 26, es preciso no atribuir esta moral á sus antepasados; no está en sus libros, y no está de acuerdo con las leyes de Moisés.

Se dice que la multiplicación de los descendientes de Jacob en Egipto es increíble; cuando entraron en él, no eran mas que en número de setenta sin contar las mujeres, y á los doscientos y quince años dicen que salieron en número de seiscientos mil combatientes: lo que supone por lo menos dos millones de hombres en su totalidad. Esto es

imposible, principalmente después del edicto que dió Faraon para ahogar á todos sus hijos varones; la tierra de Gessen, que tal vez no contenia seis leguas cuadradas, no podia encerrar toda esta población.

No solo la enumeración que hace Moisés se encuentra confirmada por los demás empadronamientos que se hicieron en el desierto, y que se encuentran en el libro de los Números, sino que hay un hecho moderno que no se puede poner en duda. El inglés Pines, arrojado con cuatro mujeres á una isla desierta, á la cual dió su nombre, produjo en el espacio de sesenta años una población de siete mil noventa y nueve personas; y diez y siete años después ascendía á cerca de doce mil. Véanse los *Diccionarios geográficos de Corneille* y de la *Martinière*, en la palabra PINES, *Mém. de Trevoux*, mayo 1743; el abate Prevot, *Avenuras y hechos particulares*, t. 1, pág. 311, etc. Esta población es mayor á proporción que la de los israelitas.

Es, pues, evidente que el edicto dado por Faraon no fué ejecutado en todo su rigor: esto se ve por la narración que hicieron al rey las comadres. *Exod.*, c. 1. Y se encuentra probado después por la historia, que los hebreos no se encontraban encerrados en solo el país de Gessen, sino en todo el Egipto, c. 11, 42, 43. Moisés dice terminantemente que llenaron toda la tierra, ó todo el Egipto, c. 1, v. 7.

En los artículos MILAGROS, MOISÉS, PLAGAS DE EGIPTO, probaremos que la libertad de los hebreos no fué natural sino por medio de prodigios.

Los incrédulos objetan también, que á pesar de las promesas pomposas que Dios les había hecho, este pueblo fué siempre esclavo y desgraciado; Celso y Juliano hacen el mismo cargo.

Pero la Historia Sagrada nos atestigua que cuando los hebreos fueron vencidos y oprimidos por las demás naciones, fué siempre en castigo de sus infidelidades; Dios se lo había anunciado por Moisés, y se lo repitió muchas veces por sus profetas; era, pues, por sus faltas, y el castigo era justo. Pero la misma Historia nos asegura que siempre que volvieron sinceramente al Señor, les restituyó la prosperidad, y muchas veces obró por ellos prodigios.

Es preciso no dejarnos sorprender con el nombre de esclavo y *servidumbre*; si se exceptúan los últimos años de su mansion en Egipto, jamás se vieron reducidos á la esclavitud doméstica, tal como la de los lotos ó de los esclavos griegos ó romanos. Llamaban á su estado *servidumbre*, siempre que sus vecinos les imponían un tributo, hacían excursiones entre ellos, asolaban su territo-

rio, etc. En Babilonia mismo poseían y cultivaban tierras, ejercían las artes y el comercio; muchos de ellos fueron elevados á los primeros puestos bajo los reyes medos y persas. Si se comparan las diferentes revoluciones que experimentaron con las de cualquiera otra nación, no se encontraría tanta diferencia como se cree á primera vista. Contando desde la conquista de las Galias por César hasta el siglo diez y seis, ¿nuestros padres han sido mucho mas felices que los hebreos? El simple cuadro de todo lo que padecieron los primeros hace estremecer.

Se dice por último que los hebreos fueron odiados, detestados y despreciados de todas las naciones.

Convenimos en que los filósofos, los historiadores y los poetas romanos manifestaron, respecto de ellos, mucho desprecio; pero los conocían tan poco que les atribuyeron usos y una creencia enteramente contrarios á lo que enseñan los libros de los judíos. Se sabe por otra parte que los romanos despreciaban á todos los demás pueblos, para adquirir el derecho de tiranizarlos.

Los griegos fueron mas equitativos respecto de los judíos; podríamos citar testimonios, por los cuales se prueba que Pitágoras, Numenio, Aristóteles, Teofrasto y Clearco, sus discípulos, Hecateo de Abdera, Megastenes, Porfirio mismo, hablaron muy ventajosamente de los judíos. Existen en Estrabon, en Diodoro de Sicilia, Trogo Pompeyo, Dion Casio, Varron y Tácito muchas observaciones que les son muy honrosas. No nos parece que la ambición que tuvieron sucesivamente los reyes de Siria y de Persia, Alejandro, los reyes de Siria y de Egipto, y los romanos, por subyugar á los judíos, sea una señal de desprecio. Muchos de estos soberanos les concedieron el derecho de ciudadanía y la libertad de seguir sus leyes y religión.

Los judíos no fueron conocidos de los griegos y de los romanos sino después de la cautividad de Babilonia; tranquilos al principio en su país, en paz con sus vecinos, aplicados á la agricultura, adictos á sus leyes y á su religión, celosos por su libertad, eran á los ojos de la razon y de la filosofía un pueblo feliz y estimable. Atormentados sucesivamente por los asirios, por los antiochos y por los romanos, se esparcieron por todas partes; estos judíos, dispersos por Egipto, Grecia, Italia, se bastardearon indudablemente. Toda la nación, entregada al espíritu de vértigo después de la muerte de Jesucristo, no fué conocida sino por su pertinacia estúpida; presentó un flanco al ridiculo y al desprecio.

No debe admirarnos la aversión que todos los pueblos concibieron contra ella; este destino les había sido predestinado. Abandonamos voluntariamente á los sarcasmos de los incrédulos á estos judíos degradados. Pero no era este su estado primitivo; los que no conocen otro, confundiendo las épocas, embrollan la historia, no saben lo que quieren, imponen á los lectores poco instruidos, y delirán bajo un aire falso de erudición.

En los artículos Junio y Januario hablaremos de su creencia, de sus costumbres, de sus leyes, etc.

HEBREOS. De todas las Epístolas de S. Pablo, no hay ninguna que haya dado lugar á mayor número de contestaciones que la escrita á los hebreos. Entre los antiguos, así como entre los modernos, se ha dudado de la autenticidad de esta carta, y de la inspiración de su autor. Algunos la han atribuido á S. Clemente, otros á S. Lucas ó S. Bernabé. Se ha disputado para saber si fué escrita en griego ó en hebreo, en qué tiempo, en qué lugar fué hecha, y á qué personas fué dirigida.

En cuanto al primer artículo, parece que debía ser el menos sujeto á contestaciones. ¿Cuál otro que no fuera un apóstol, inspirado por Dios, hubiera sido capaz de reunir las sublimes verdades de que está llena esta carta, y expresarlas con tanta fuerza y energía? Era preciso ser S. Pablo para pintar á Jesucristo bajo unos rasgos tan augustos, su divinidad, su cualidad de Mediador y de Redentor, su sacerdocio eterno, la superioridad de la nueva alianza respecto de la antigua, la relación íntima de una y otra, etc. La conformidad de la doctrina enseñada en esta carta, con la que S. Pablo había explicado en sus Epístolas á los romanos y á los galatas, debía hacer juzgar que todas eran partes de la misma mano, y prevalecer al argumento que se ha querido sacar de una pretendida diferencia de estilo entre unas y otras.

Como quiera que sea, la Iglesia griega recibió siempre la *Epístola á los hebreos* como canónica; los arrianos fueron los primeros que se atrevieron á poner en duda su autoridad, porque la divinidad del Verbo se enseñaba en ella con demasiada claridad. En esto eran más sinceros que los socinianos, que tratan de trastornar el sentido de los pasajes que esta Epístola suministra contra ellos. Pero la creencia de la Iglesia latina no se formó tan pronto, ni de una manera tan constante respecto á la autenticidad y canonicidad de esta carta. Bagnage, interesado como protestante en negar la autoridad de la Igle-

sia con respecto al cánon de las Escrituras, dice que durante los tres primeros siglos las Iglesias latinas no la ponían en el número de los libros canónicos. *Historia de la Iglesia*, t. 8, c. 6; que la duda sobre este punto de crítica sagrada duró hasta el quinto y aun hasta el sexto siglo de la Iglesia. De lo que se deduce que las diferentes sociedades cristianas gozaron de una plena libertad de formar cada una á su voluntad el cánon de los libros sagrados. La cuestión es saber si existen buenas pruebas del hecho.

Ya conviene en que Marcion fué el primero que rechazó la *Epístola á los hebreos*, imitándole Taciano. Ahora bien; ¿la autoridad de dos herejes fué tan poderosa para llevar tras de sí á las Iglesias latinas? S. Clemente de Roma, que vivió á fines del primero y á principios del segundo siglo, citó la *Epístola á los hebreos* como Escritura divina; S. Ireneo, que escribió á fines, citó también dos pasajes. Hó aquí para el segundo siglo dos testigos más respetables que Marcion y Taciano.

A principio del tercero, Cayo, sacerdote de Roma, tuvo una conferencia con Proclo, jefe de los montanistas, en la cual no atribuyó más que trece epístolas á S. Pablo, sin comprender en ellas la *Epístola á los hebreos*. S. Jerónimo es el que nos lo dice. Bagnage conjectura que se exceptúa esta última, porque montanistas y novacianos abusaban de un pasaje de esta carta para autorizar su error. Acaso sea posible; pero es particular que Bagnage suponga que la opinión de Cayo, simple sacerdote, prevaleciera más que la de la Iglesia romana, y arrastrara las de todas las Iglesias latinas, en un siglo en que dice que la Iglesia de Roma no tenía ninguna autoridad sobre las demás Iglesias. Toda la prueba que alega es que S. Hipólito de Porto, según Focio, *Cod.* 21, no ha puesto la *Epístola á los hebreos* en el número de los escritos de S. Pablo. Resta probar que S. Hipólito escribiese en la Iglesia latina: muchos sabios piensan que era obispo, no de Porto en Italia, sino de Aden en Arabia, ciudad que los antiguos llamaban *Portus Romanus*.

Para nada sirve observar que ninguno de los PP. latinos del tercer siglo cita la *Epístola á los hebreos* como Escritura Sagrada; los PP. latinos de este siglo se reducen á Tertuliano y S. Cipriano: ahora bien, Tertuliano, *L. de Pudicit.*, c. 20, atribuye, es verdad, la *Epístola á los hebreos* á S. Bernabé, pero la cita con tanta confianza como las demás Escrituras canónicas. Esto no basta para probar, como quiere Bagnage, que durante el

siglo tercero la opinión de Cayo prevaleciera en todo el Occidente, al paso que toda la Iglesia griega pensaba de otra suerte.

Es todavía menos cierto que durase esta incertidumbre todo el cuarto y quinto siglo, pues el año 397 el concilio de Cartago, y el año 494 el concilio de Roma, bajo el papa Gelasio, pusieron la *Epístola á los hebreos* en el número de los libros canónicos: S. Hilario y S. Ambrosio la citan como tal. En verdad que en el siglo cuarto, Eusebio, *Historia eclesiástica*, l. 3, c. 3, observa que algunos rechazaban esta Epístola, porque decían que la Iglesia romana hacía lo mismo. Lo decían, pero no era cierto. En el quinto S. Jerónimo escribió que los latinos no ponían esta carta en el cánon: ignoraba probablemente el decreto del concilio de Cartago, y lo que habían pensado S. Hilario y S. Ambrosio.

¿Qué prueba, en el fondo, la pretendida libertad que la Iglesia romana se ha dado para no pensar que la Iglesia griega con respecto á este escrito de san Pablo? Demuestra que la Iglesia nunca se ha precipitado en sus decisiones; que antes de colocar un libro en su cánon, ha querido desvanecer todas las dudas, tener tiempo para comparar los testimonios y monumentos, esperar á que estuviesen reunidos todos los votos. Dilatando el canonizar un libro, no ha condenado á los griegos, ni á los latinos que le miraban como divino. Deducir de esto que lizo mal en decidir la cuestión, cuando ya no había género de duda que á pesar de su decisión se puede todavía pensar lo que se quiera, es despreciar la autoridad, por la misma razón por la cual merece todos nuestros respetos y sumisión.

Supongamos por un momento que durante los seis primeros siglos de la Iglesia la canonicidad de la *Epístola á los hebreos* haya sido absolutamente dudosa, nosotros preguntamos á los protestantes sobre qué fundamento la admiten en el día, al paso que sus fundadores Lutero, Calvino, Beza, Cameron y otros creyeron que esta carta no era obra de S. Pablo. Según ellos, la antigua Iglesia estaba dividida, y no hacen ningún caso de la Iglesia moderna; ¿en dónde están los motivos, los monumentos y las razones que los determinan? Si se creen inspirados por Dios, los socinianos, sus amigos, ponen en duda su inspiración, pero les parece bien el haber trabajado en disminuir la autoridad de la *Epístola á los hebreos*, porque encierra los pasajes más expresos con respecto á la divinidad de Jesucristo. Es muy probable que el mismo motivo es el que ha determinado á Le Clerc,

á Episcopio y á otros arminianos que tendían al socinianismo á pensar como Lutero y Calvino. Como quiera que sea, las razones en que fundan su duda no son bastante sólidas para contrabalancear la autoridad de la Iglesia, que hace mil y cuatrocientos años por lo menos que decidió que la *Carta de S. Pablo á los hebreos* es verdaderamente de este Apóstol. Le Clerc, *Hist. ecles.*, año 69, § 3. V. Cánones.

Hechicería, Hechicero, Sortilegio. Estos términos significan comunmente lo mismo que *Magia*, *Máxico* (véanse estas dos palabras); pero el nombre de *hechicero* se toma en tres sentidos diferentes. Se entiende por esto: 1º Los que adivinan las cosas ocultas, los que descubren los autores de un robo ó los tesoros escondidos, los que se alaban de conocer el porvenir, etc., y en este caso este término es sinónimo de *adivino*. 2º *Vense Adivinación.* Los que obran cosas sorprendentes y que parecen sobrenaturales al designio de hacer mal, como excitar tempestades, causar enfermedades á los hombres ó á los animales por medio de palabras, ceremonias y prácticas supersticiosas. En este sentido la *hechicería* es lo mismo que la *magia negra* y *malhechora*; una *suerte*, un *sortilegio* significan un *maleficio*. 3º El pueblo entiende por *hechiceros* á los que tienen el poder de trasportarse por los aires durante la noche para ir á parajes apartados á adorar al diablo, y entregarse á los excesos de la intemperancia y de la impudicicia. Se sabe que este error no tiene fundamento, que el pretendido *sábado de los hechiceros* es el efecto de un delirio ó de un desorden de la imaginación, causado por ciertas drogas de que se sirven los desgraciados que quieren procurarse este delirio. Este hecho está probado por experimentos irrecusables. Malbranche, *Investigación de la verdad*, l. 1, f. 2, c. 6. Entre todos los hechos reunidos por los diferentes autores que han escrito sobre este objeto, no hay ninguno bien averiguado y que pruebe que haya un pacto real y positivo entre el demonio y los llamados *hechiceros*.

Lo que sostiene la credulidad popular son las narraciones de algunos particulares medrosos, que encontrándose extraviados por la noche en las selvas, han tomado por el sábado los fuegos encendidos por los leñadores y carboneros y los gritos que oían, ó que habiéndose dormido dominados por el miedo, creyeron, oír y ver el sábado con el cual tenían ocupada la imaginación.

Algunos filósofos incrédulos, guiados por